

¿es aburrido el paraíso?

Por Carlos Valdés

Esto no es sino una aproximación a la crítica, ¿quién podría permanecer sereno, ecuánime, objetivo, ante la desafortunada fecundidad de José Lezama Lima? Además, sólo conocía la obra poética de J.L.L., obra de altura y brillo y ahora me encuentro con la sorpresa de que es autor de una novela,* de una novela que se prolonga a través de 500 páginas. Ignoro si J.L.L. antes había incurrido en la prosa narrativa. Me gustaría saberlo, porque siempre conviene tener puntos de referencia, más aún en el caso de la presente novela que nos arrastra al vértigo. Sin embargo, tiene numerosos antecedentes en la narrativa latinoamericana: barroca, lírica, engolosinada con la forma, en la que los novelistas han obtenido sus más grandes éxitos y sus más grandes fracasos, y que con frecuencia nos sitúa ante el dilema: ¿es éste un libro de prosa poética o una novela lírica?

El anterior dilema nos conduce a un problema más crítico, que se presenta casi universalmente en nuestros días: ¿puede la novela continuar narrando historias, o debe limitarse a ser un ensayo poético? Esta pregunta sólo el tiempo podrá contestarla; pero la realidad es que al lado de las antinovelas continúan coexistiendo las novelas, y con un vigor que nos hace dudar de la extinción del género.

Por lo menos en los países jóvenes, la antinovela no parece prosperar, o por lo menos no conozco un ejemplo digno de citarse, y lo afirmo con gusto, porque soy un apasionado lector de novelas. Por fortuna *Paradiso* de J.L.L. no es antinovela: trata de narrar sucesos, de seguir una trama, de llegar a un desenlace. En este aspecto *Paradiso* alcanza momentos de excelencia, momentos que me recuerdan la eficacia de sus poemas, pero también abundan los pasajes en que su prosa se ve trabada, como luciendo un traje ajeno, en la rigidez y las exigencias del género novelístico.

Paradiso se asemeja a una interminable digresión en prosa poética, y a medida que uno avanza en la lectura, se pregunta: ¿vale la pena el esfuerzo del autor y de los editores?, ¿vale la pena haber intentado la redacción y la edición de esta labor prolongada? No creo que ninguna aventura literaria (toda aventura sincera y tenaz como ésta) sea tiempo perdido. Los lectores podrán aburrirse un poco, pero ¿acaso no es preferible un poco de mortificación, producto de una obra ambiciosa y honesta, que soportar obras divertidas y amenas.

pero que al final terminan por aburrirnos con su vacío?

Creo que *Paradiso* es una especie de Moby Dick de la novela latinoamericana, portentosa creación, monstruo de la literatura, sin paralelo ni igual. Pienso que *Paradiso* cuenta y contará con la aprobación de los lectores pacientes y curiosos, pero será repudiada por los lectores impacientes, ávidos de acción, quienes se sentirán enfrentados a la náusea del vacío, de un vacío plétórico de palabras bellas, alucinantes, pero que no conducen a las emociones estéticas comunes del género novelístico; sin embargo, nadie podrá negarle a *Paradiso* una forma pulida y exacta, un dominio admirable de la prosa poética, un formalismo luminoso.

La erudición del autor merece mención honorífica. Es una de las mayores virtudes que adornan su prosa a veces deslumbrante, a ratos fatigosa, que en

sus mejores momentos tiene la calidad de los grandes maestros de la literatura hispanoamericana.

Se ha dicho, y no sin cierta razón, que las grandes novelas a veces resultan aburridas. Todo lector sincero habrá de confesar que en ocasiones el primer intento de lectura de una novela grandiosa sólo le produjo tedio, mas en una segunda ocasión encontró el placer que se le había negado al principio. Los lectores más sinceros confesarán que su cultura y su paciencia han fracasado y continúan fracasando ante una determinada obra maestra. Existe un caso de dramática incompreensión: la crítica de C. G. Jung al *Ulises* de James Joyce. El psicólogo decía que la prosa de Joyce se parecía a las fatigosas y monótonas confesiones de sus pacientes neuróticos. Esto no parece fundamentarse en la ineptitud literaria de Jung, sino en una verdad dramática y desagradable: en la medida en que una obra maestra es novedosa encuentra mayor resistencia. La crítica se apoya en la tradición literaria, y ante lo original carece de puntos de referencia, fenómeno que despierta la agresividad del crítico burlado e impotente, que, según su temperamento, reaccionará con indiferencia olímpica o con rabia disfrazada de crítica literaria.

Hoy día por fortuna o por desgracia estamos bastante más acostumbrados a las obras originales, tanto que la falta

micrós

Nacido, criado y avecinado —de principio a fin— en la capital, Ángel de Campo se mueve dentro del estadio civil con el desembarazo de la casona hogareña. Es su mundo, completo y perfecto. Tiene continentes, archipiélagos, mares, hasta tifones y ciclones y zonas árticas. Un viento aliso discurre aquí, húmedo de augurios de primavera, y un norte azota allá, arrinconando en el camastro de hospital a un ínfimo Juan Martínez o González, navegante de la oceanografía capitalina. El plano de la ciudad de México que venden los hermanos Abandianos en la calle de las Escalerillas —modesta demarcación agitada por San Lázaro, Bucareli, Peralvillo, San Antonio Abad— es mapamundi ante las antiparras de *Micrós*. Entre paralelo y paralelo pasan las barriadas, batidas por el repiqueteo de los tranvías de mulitas y el pregón de los aguadores. Y entre barriada y barriada, hay una esquina donde el poeta se planta a tomar el fresco y a ver qué oye y mira. Algunas veces deja pasar de largo al documento humano —al fin y al cabo, el Chato Barrios, aunque pobrísimo y viviendo de milagro, promete llegar a algo digno en el escalafón social; al fin y al cabo, el señor Quiroz está bien muerto y ya nunca repetirá reglazos sobre el pupitre y “garnuchos” en las orejas de la ingrata grey escolar—; y prefiere la ficticia inexistencia de una naturaleza muerta. Ficticia, porque en sus manos se animan, desbordantes de pujos, el cacharro misérrimo, el soldado de juguete, el rebozo que enreda melindres, amoríos y agonías. Escurre de las manos revividoras un hilo espeso de ternura, de piedad, de simpatía y de comprensiva y jovial —y sarcástica— cordialidad humana. El hilo se torna chorro a lo largo de la espaciosa faena de las “Semanas Alegres”, y su amor a pueblo —a populacho, y mejor todavía, a plebe— nos conmueve por auténtico.

En esa labor que Reyes Spínola pagó a cargo de la judía nómina de *El Imparcial*, queda, rectamente enfielado, el mundo que *Micrós* amó y vivió y estudió, el mundo de la ciudad de México.

—Mauricio Magdaleno

de "originalidad" nos parece un pecado literario. Este no es el caso de *Paradiso*, novela profundamente enraizada en reconocidas tradiciones literarias, y nada puede reprocharle el más exigente literato, quien reconocerá las familiares corrientes de la tradición literaria.

¿Caeremos en el absurdo de acusar a *Paradiso* de ser una obra demasiado literaria? No podemos negar su formalismo, pero el gusto de J.L.L. por la forma no puede calificarse de exclusivo, sino que proviene de una tradición (tradición de las letras latinoamericanas y europeas en general) que afirma como valor codiciable la forma, la búsqueda y la perfección de la forma, el cultivo afanoso de la forma.

Antes habíamos asegurado que la forma de *Paradiso* nos parecía excesiva para el género novelístico, pero también aclaramos que sólo se trataba de una preferencia personal. Además, la retórica nunca tiene valor en sí; se trata

siempre de un medio, y lo que importa es si cumple su cometido. Ninguna retórica puede ser pobre o rica; sólo se trata de efectos que el escritor busca con un determinado fin, y el estilo de J.L.L. nos parece buscado con toda premeditación, en él no hay nada accidental ni improvisado. Lo que a veces no alcanzamos a vislumbrar (lo que nos causa miedo a lo desconocido) es a dónde desea conducirnos J.L.L.

Mucho más podría decirse sobre *Paradiso*; pero es una obra demasiado amplia y profunda, y el temor nos impide profanar lo que apenas hemos tocado en una primera lectura. *Paradiso* es una obra para la meditación y no para el hartazgo, y mis impresiones (como lo afirmé al principio) no aspiran más allá de la crítica impresionista.

* José Lezama Lima: *Paradiso*. Ed. Era, México, 1968, 490 pp.

dos libros de José Agustín: inventando que sueño y la nueva música clásica

Por Dalibor Soldatic

José Agustín, *Inventando que sueño*, Nueva narrativa hispánica, Ed. Joaquín Mortiz, México, 1968, 174 pp.

Después de *La tumba* y *De perfil* éste es el tercer avance de José Agustín, más ambicioso y posiblemente mejor que los anteriores. Pero al mismo tiempo con suficientes fallas como para que afirmemos que el escritor no ha creado todavía su "gran obra". *Inventando que sueño* pretende ser un drama en cuatro actos que a final de cuentas ni es drama ni tiene actos. El autor intentó darle una unidad a esta serie de cuentos; unidad que consistiría en la actitud, el tono de la voz y que, desgraciadamente, resulta poco convincente.

El libro principia con la transcripción de la letra de una canción de los *Rolling Stones*, que no se puede objetar si no es que el nombre de uno de los compositores citados es Jagger y no Jagers.

"Es que vivió en Francia" es el primer cuento del libro. El tema es interesante en cuanto a los experimentos de técnica. Pero escribir un monólogo o una serie de reflexiones de un personaje que, según todos los indicios, es Julie Christie, ya no será considerado válido para muchos lectores. El personaje se identifica con la famosa actriz inglesa gracias a referencias sobre películas en las que tomó parte esta actriz. Así, se menciona a David Lean y una filmación en España (*Doctor Zhivago*), la película *Fahrenheit*, las lágrimas en ocasión de

la ceremonia del Oscar, etc... Si no se considerará válida la creación de este personaje es simplemente porque el autor desconoce totalmente al personaje y al medio ambiente en el que éste vive.

"Cómo te quedó el ojo querido Gervasio" es un ejercicio de lenguaje, válido como tal y que, probablemente, no pretendía ser más que eso. Siguen dos cuentos "Cerrado" y "Luto" que no sobresalen en lo absoluto. En cambio, "Cuál es la onda" representa una esfera de calidad superior. Nos enfrentamos al José Agustín que conocemos, con el lenguaje ya característico de sus obras, en una historia simple: dos jóvenes, un baterista y una joven vacía que desea iniciar una relación por simple ocio y búsqueda de diversión. En síntesis: el sexo se ve eliminado paulatinamente de la narración. Los dos protagonistas desfilan por una serie de hoteles de paso sin que suceda nada trascendente. Los experimentos, en cuanto a técnica, continúan pero no molestan. Lo que sí resulta desagradable en definitiva es el afán de exhibición que todavía no ha logrado eliminar este autor de su obra. Nos lo demuestran paréntesis como: "Ah caray, ya es tarde; hay que ir al registro civil, vidita, dijo Oliveira como si los intrusos no estuvieran allí: se puso de pie y empezó a vestirse. (Adviértase ahora la ausencia de: se paró; nota del editor)." Si José Agustín quería demostrar la riqueza de su vocabulario, estos

paréntesis no eran necesarios. Hay mejores procedimientos para que un escritor lo demuestre a los lectores.

"Lluvia" representa un cambio total de actitud. La estructura del cuento es más tradicional; el tema pertenece al género de ficción y misterio; tenemos ante nosotros un escritor distinto. Dentro del conjunto la colocación del cuento es muy adecuada porque representa un paréntesis y un cambio de actitud. Analizado con rigor, el cuento no satisface. Su calidad está en las descripciones. En cuanto a la tensión que se pretendía lograr, es falsa. En resumen, aunque la intención había sido buena, la de romper una línea más o menos constante de narración, el cuento no ha dado los resultados esperados; pertenece a la peor parte del libro.

El cuarto acto se intitula: "Juego de los puntos de vista" y presenta el relato "Amor del bueno", que es sin lugar a dudas el mejor momento de la obra de José Agustín. Allí está todo lo que representa su obra: lenguaje, actitud, el no aceptar los compromisos, la gran descripción y creación de un medio ambiente y sus personajes. Esta es la prueba definitiva de que tenemos ante nosotros un gran talento que aún no ha madurado lo suficiente. La trama es simple: en el salón Montecarlo se inicia a las doce del día una fiesta que concluirá a las doce de la noche con la boda de Leopoldo y Felisa. Una boda y en Nochebuena, que ha empezado doce horas antes, en un salón localizado a unos pasos de la delegación de policía. El lector ya se puede imaginar el resto. Hay acción, crítica social aguda, sátira mordaz, situaciones humorísticas, diálogos estupendos que justifican, por vez primera, lo de "drama en cuatro actos". El personaje de Luisito, el protagonista principal y a la vez el narrador de los acontecimientos, es el mejor de todos los que ha creado hasta ahora José Agustín y merecería un estudio más profundo. Es la aparición en la literatura de un nuevo tipo de personaje. La actitud del autor, quien no teme a nadie e incluye en la lista de los mencionados a conocidos y desconocidos; su crítica de las "mordidas" y amistades políticas, es otra de las cualidades de este relato. Otro momento interesante y divertido lo representa la rivalidad entre los dos conjuntos musicales que "amenizan" la fiesta: el "conjunto tropical" y el de "los rocanroleros melencidos". El

